

La hilarante historia de Hilaria la hilandera

Era un día tan bonito como hoy para enredarse por los bosques lanudos de Hilandia, un país lejano y apaisado que apenas se cruzaría a salto de *pespunte*. Con sus casitas pequeñas ricamente decoradas, de calles largas como *cremalleras* y silenciosos *hilenses*, que ocupaban la mayor parte del tiempo fabricando *fibras* para tejer todo tipo de prendas preciosas.

Fue al caer la luna de costado, cuando cantó temprano el *torzal* salvaje en la mañana despertando a nuestra amiga Hilaria. Quien en su mayor bostezo, plantó ambos pies redondos sobre el terrazo frío y -ajustándose sus gafas torcidas de cristal grueso- pegó tal brinco viendo el despertador, que casi termina de bruces entre telas del armario.

A trancas y barrancas iba vistiéndose con calcetines desaparejados, medio torcido el *bucarán*, sin encintar las *jaretas* del sayo, usando cuatro agujas largas para sujetarse el moño y llena de *hilachas* sueltas hasta en las mangas, por prisa en llegar al bus hacia la capital *Hilvanis*.

Hilaria -*hilandera* desde joven y una señora con mucho *ovillo* a sus espaldas-, iba pensando camino al transporte, en el distinguido certamen “*Madeiras 2015*”, siendo –las famosas agujas doradas- de entre todos los laureles, el *malacate* con tomate del éxito en *Hilandia*. Ella siempre había soñado ganar semejante premio, para montar su propia empresa en *Hilera*, pero cada vez que participaba, surgían acontecimientos repentinos que le impedían llegar al primer puesto.

Ávida en la marquesina, canturreaba una coplilla que oía desde niña, cuando de soslayo vio acercarse el autocar lleno hasta la *colcha* de personas variopintas. A las bravas, se acomodó en primera línea de asientos mostrando los juanetes y saludando a Enhebro -un elegante conductor que le señaló algo fuera mientras iniciaba la marcha-, de modo que vio una larguísima hebra de lana desde el jersey que estaba tejiendo para el concurso hasta la parada. ¡Su obra maestra se había enganchado y destejía rápidamente!

Entre sollozos, nuestra desafortunada amiga recibió el pañuelo de un chico joven y delgado. Quien habiendo observado la escena, le invitó a estirar de un *hilo* en su viejo jersey de rombitos para recomponer el trabajo. ¡Amigos, esto es una emergencia creativa! –gritó Doña *Lentejuela* desde el fondo al resto de espectadores-, así fue como aquellos desconocidos corrieron a entregarle hebras de sus chalecos, chaquetas, chaquetones, abrigos, pantalones, bufandas, trajes y faldas, mientras Hilaria lo unía todo con destreza inigualable y dos manos cual *palancas automáticas* de costura.

Llena de abrazos en ristra y *canillas* de besos, la hilandera de Hilera, se apeó del bus tan a prisa como pudo –cortando el filamento enganchado-, para llegar donde el jurado la esperaba, con tal asombro de recibir su trabajo que brincaron alegres al verla.

Fascinados, boquiabiertos y patitiesos por el original resultado de diseño en la prenda, se oyó un aplauso unánime en la sala y fue así –tal cual se cuenta- como ese año fueron otorgadas Las agujas doradas a la famosa Hilaria. Para dar testimonio de nuestra humanidad más creativa, amable y diversa.